

IMAGINVM COLLECTIO A SCRIPTORIBVS ALPHONSO REYES SEPTVAGENARIO DICATA

BREVE HISTORIA
DEL PROGRESO
A los 70 años de A. R.

por
CARLOS
FUENTES



PROEMIO DEL PINTOR

Por Juan SORIANO

PARA LLEGAR a ser es necesario abandonarnos a nuestras manos; por ellas serán trazadas las incontenibles líneas que formarán la presencia mágica, toda silencio, del dibujo, omnipresente ante nuestros ojos.

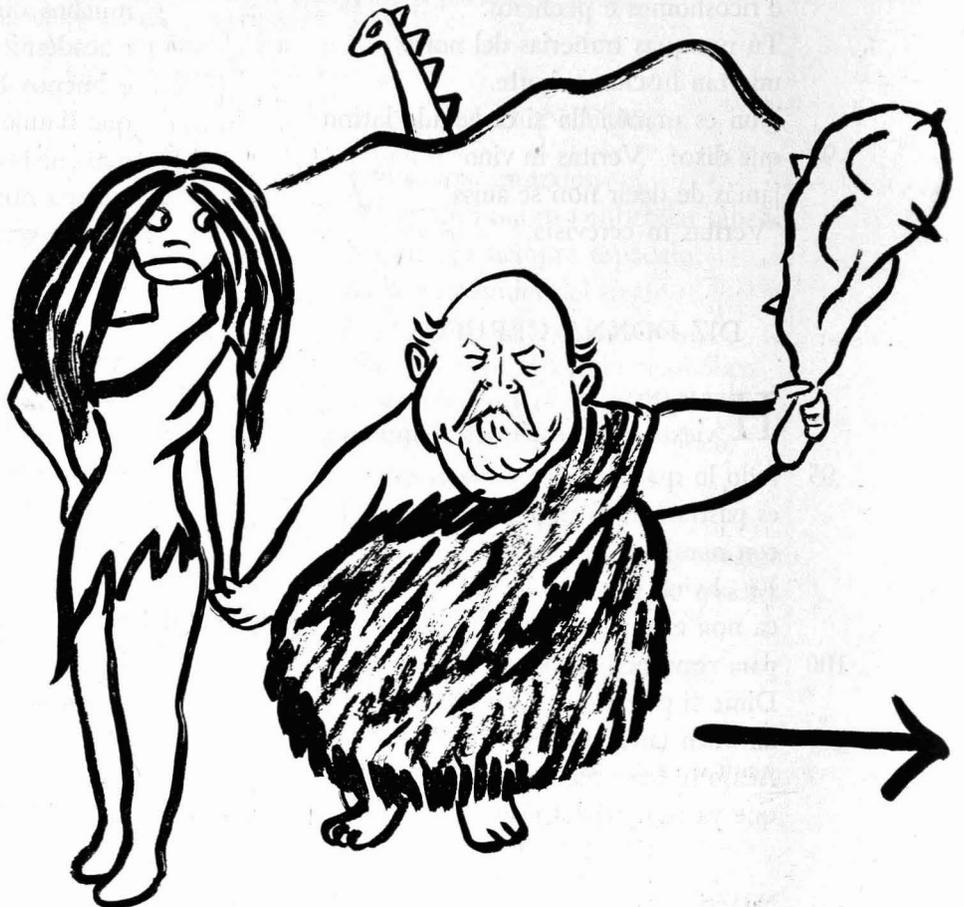
Con un gis, un lápiz, un pincel, un carbón, un buril, una rama delgada, sobre el pizarrón, el papel, el muro, el cristal, la placa de metal, la piedra, la tierra o las arenas, líneas reptantes, rotas, ondulantes, veloces como peces famélicos, quebradas como barritas de metal, infinitas, formarán el dibujo que manifiesta, expresa y revela ideas, intuiciones que en su trama hace aparentes.

El dibujo es un don que nos es dado y negado. Todos dibujamos. Algunos maniáticos dibujan todo el día, imprecan, blasfeman, se masturban con las imágenes que crean; mezclan iniciales y palabras cubriendo las paredes con ellas, hasta el sagrado recinto de la defecación. Otros abusan del dibujo como de un vicio; nace de sus plumas atómicas como un parásito; sobre las servilletas en el café, mientras conversan o discuten, las imágenes que trazan son luego estrujadas y violentamente destruidas sin ser vistas. ¡Cuántas maravillas vuelven al caos! ¡Cuántas criaturas que

nadie contempló mueren así asesinadas por sus propios padres!

Los obreros dibujan despreocupados grandes decoraciones sobre los vidrios de los edificios nuevos. Así va

de mano en mano este sagrado don de dibujar, este impulso primario de mostrarse que la Naturaleza alcanza en el dibujo de todos, niños poetas, poetas-niños, adultos e iletrados.



DON ALFONSO EN SU PALOMAR

"México ha sido, es y será, el conjunto de lo que hagamos los mexicanos..."

LA PRIMERA vez que oí hablar de don Alfonso fue por boca de mamá. Al regresar de una cena repleta de ingenios, ofrecida por Jules Romains en honor de Louis Jouve, me contó: "¡Estuve con Alfonso Reyes! ¡No sabes qué simpático! ¡Redondito, con los ojos chispeantes y jalados, como de chinito!..." La tía Bichette también me platicó un día: "Lo conocí en París cuando era diplomático. Me echaba pipos y me decía frases 'tres bien tournées'. Iba de acá para allá en los salones, encendiendo los cigarrillos de las señoras, avivando las conversaciones que palidecían, poniendo el punto agudo de su inteligencia frente a cada inerte pensamiento. Hacía reír a la anfitriona con una broma oportuna y exacta; hablaba de Goethe y de Virgilio, pero sin perder su tono festivo. No tenía nada de 'profesor'."

No ha cambiado mucho. Casi siempre que llego a visitarlo, lo encuentro en compañía de dos o tres muchachas en animada "chorchita". Algo así como una versión muy personal de algún Salón literario dieciochesco. Don Alfonso les echa flores, y ellas... le consultan (cualquier pretexto es bueno) sobre problemas de estilo, sobre el buen uso de los gerundios y las posibilidades de escribir en tres días una novela que haga época. Don Alfonso, que a veces se muestra reservado ante los hombres, o algo severo en sus juicios sobre las letras masculinas, frente a la mujer no tiene más que ternura.

Las escritoras, las poetisas, se pasman: "¡Ah, este don Alfonso tan caballeroso y cumplido!" Además de elogiarlas —con esa informal galantería suya—, don Alfonso las besa en ambas mejillas, irguiéndose de puntas cuando la poetisa en turno es un poco alta.

Entretanto Manuelita sonrío benévola. (Me pregunto si don Alfonso hubiera llegado a ser lo que es, sin tener a Manuelita junto a él):

—¡"Me enamoré, porque era muy rubio y tenía rizos, pero me engañó pronto... los perdió. Tenemos casi cincuenta años de casados. Alfonso, por motivos naturalmente estéticos, a veces disfruta distrayéndose en muy hermosos objetos; pero eso no tiene importancia. Yo estoy sembrada junto a sus raíces para siempre, y conozco como nadie cuál savia le da vida. Tú me entiendes, ¿verdad?..."

Don Alfonso asegura a su vez: "Le impuse a Manuela dos condiciones para decidirme a acompañarle en la vida, a pesar de mi baja estatura. La primera, que me diera un hijo de su tamaño; y cumplió con creces, porque mi hijo supera su talla. La segunda que me alcanzara los libros más altos de los estantes... ¡y ella es mi bibliotecaria!"

* * *

—¡Me perdonas que no baje, pero aquí estoy como un loro subido en su estaca!

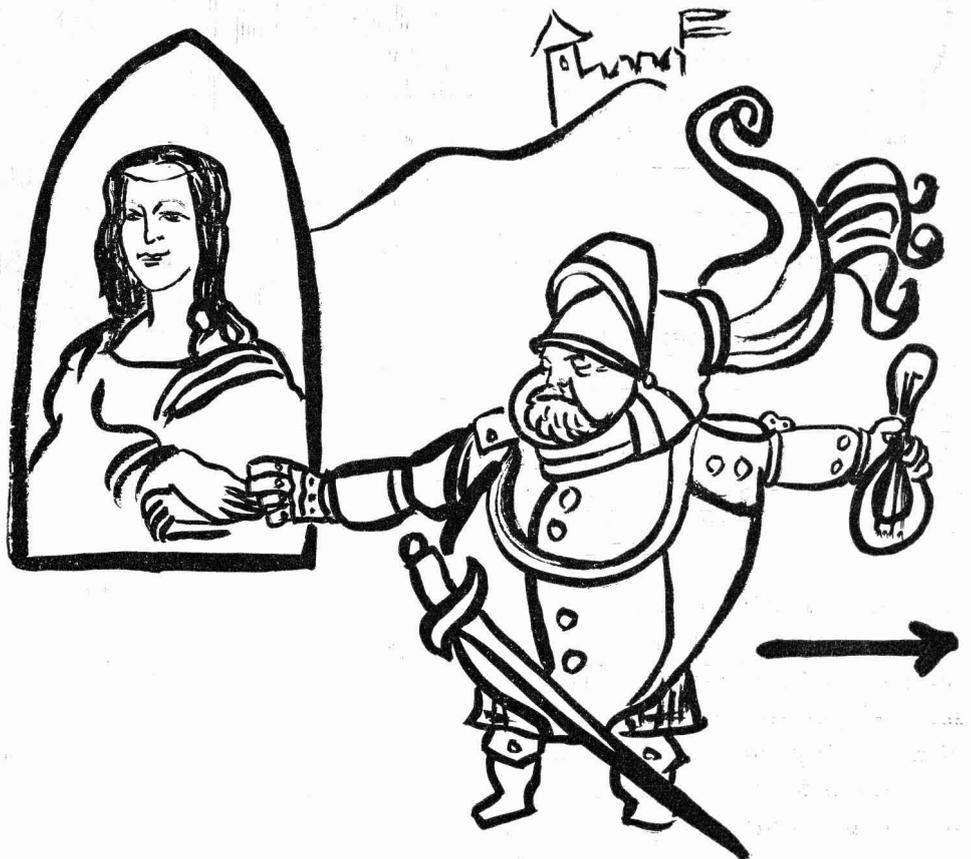
(No, no es una estaca; es un palomar. En ese palomar siempre lleno de pape-

has de saber que sólo necesito dormir unas cuantas horas. El trabajo me absorbe las demás. Cuando al final, llego a dormirme, lo hago siempre con un libro entre las manos."

Cuando se mira desde arriba la biblioteca Alfonsina, le da a uno lo que los norteamericanos, tan afectos a las definiciones de todo y por todo, podrían llamar *booksickness* o sea, *mareo libresco*. Son verdaderas olas de volúmenes, que amenazan con revolcarnos y llenarnos la boca de letras. Pero don Alfonso, experto en estas lides, es una especie de salvavidas... ¡Tanto se ha dicho sobre este cuarto! La revista *Life* lo retrató en sus páginas. Y todos los visitantes, sin excepción, le dedican una o varias frases. Por ejemplo, Jules Romains está convencido de que la casa de Alfonso Reyes es precisamente esa enorme biblioteca, "de la que cuelgan tímidamente pequeñas recámaras", y Mariano Picón Salas, actual embajador de Venezuela en Brasil, pretende que

Por Elena PONIATOWSKA

les voladores, de palomas griegas, latinas, renacentistas y del Siglo de Oro español, que el humanista trata de retener en pequeños archiveros de madera, don Alfonso trabaja, recibiendo y hasta duerme. Duerme, sí, porque como él dice: "¡No quiero molestar a nadie"... "Hoy a las cinco de la mañana comencé a pasar esto (me muestra unas hojas) en limpio. Duermo aquí (señala el sofá) y en la noche, cuando tengo que escribir, puedo levantarme sin perturbar el sueño de los demás... Porque



la arquitectura de esa misma biblioteca es comparable a "una piscina de varios y riesgosos trampolines, porque Alfonso Reyes es un continuo Odiseo".

* * *

—“Comenzaré contándote algo de mi infancia, hijita. Yo ensayé todo de niño: la magia negra, la magia blanca, todos los juegos habidos y por haber; finalmente me quedé con un teatrillo de títeres. ¡Ah, cuánto gozaba! Yo mismo hice mi teatro, con cartones recortados; pinté mis muñecos y escribí para ellos una piececita. Cuando las cosas estuvieron listas, dispuestas para el estreno, mis hermanos... (Don Alfonso suspira) no quisieron jugar.

—¡Ay, don Alfonso! ¡Eso no es posible! ¡Parece un cuento cruel!

—También quise ser prestidigitador. Hice una exhibición de pases magnéticos y mil clases de trucos ante tres pacíficas familias allí reunidas. Al final, dos de mis hermanas mayores se levantaron y repitieron, tan tranquilas, cada una de mis suertes, de las que yo estaba tan orgulloso. De modo que, ya lo ves, tengo motivos de aflicción...

—Don Alfonso, ése es otro cuento cruel. Ahora plátiqueme uno más dulce.

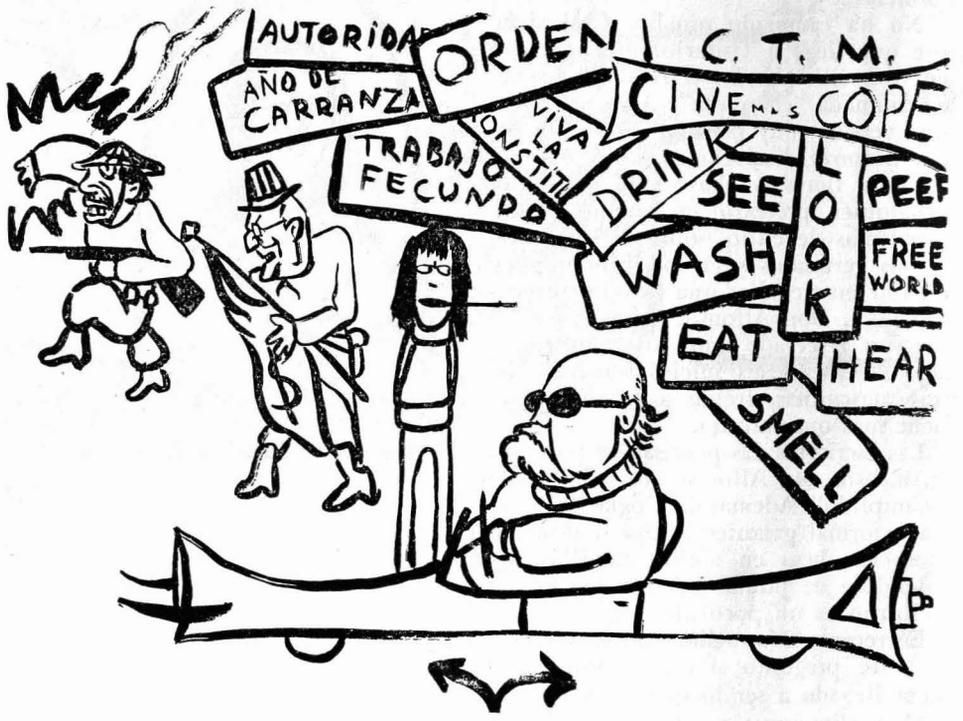
—Pues verás. En Monterrey, mi padre nos hacía montar a caballo, y yo tenía un caballito precioso, que no era exactamente alto, pero tampoco un *poney*. Se llamaba el "Lucero", y era retinto claro con una estrella blanca en la frente. Todas las mañanas los ordenanzas de mi padre aseaban los caballos en el fondo de la inmensa huerta. Invariablemente el "Lucero" se escapaba, atravesaba el huerto, los jardines, los patios, el pequeño *Jardincito de María* (así lo llamábamos porque era de mi hermana María), que tenía naranjas y garzas. Por fin, se detenía frente a mi puerta, apenas emparejada, la abría de un empujón y llegaba hasta mi cama a despertarme ¡El "Lucero" me venía a despertar a mi cama! ¡Es uno de los recuerdos más tiernos que tengo!

(Don Alfonso examina detenidamente sus manos. Hace un rato escribió algo con su pluma. Esta gotea, y se manchó todos los dedos. Ahora se los limpia, despacito, un poco melancólico; quizá porque piensa en el "Lucero", o porque ni siquiera él está exento de las eventuales deficiencias de una pluma).

—Don Alfonso, ¿si le quitaran esa descomunal biblioteca que cuelga de usted por los cuatro costados, qué quedaría? ¿Qué sería de usted, sin su verso, su prosa, su novelística, sus prólogos y ediciones comentadas, sin sus trabajos no literarios ni sus traducciones? No se puede desligar al hombre de su obra ¿verdad?

—Yo he dicho a menudo que escribir es para mí una respiración natural de mi alma; una vocación. Seguramente, a esta vocación debo el haber podido sobrellevar ciertas amarguras y tragedias de mi vida, porque todos querían abandonararme en causas que no eran la mía. ¿Qué me llevó a escribir? Una tendencia espontánea. Siempre soñé en consagrar mi vida al estudio. (Don Alfonso habla lentamente— resollando un poco— con su quijada que avanza en compañía de la piochita blanca. Sigue frotándose los dedos.)

—Después de que murió mi padre, estuve once años en el extranjero, prin-



principalmente en Francia y en España. Entonces demostré que, en efecto, mi vida tenía otro destino, propio, y no el que le querían imponer las pasiones políticas del país.

—Don Alfonso, la gente considera que la carrera literaria de usted comenzó el día que fue publicada por primera vez una obra suya. Pero usted ya había escrito antes varias cosas ¿no es así?

—Guardo amarillentos cuadernos de poesía y de prosa que pergeñé a los once años, es decir, en 1900. Hay tres sonetos de infancia que se publicaron en 1905 en Monterrey, pero no me he preocupado por recogerlos. Estos son la prehistoria. A otros me referiré en el *Segundo Libro de mis Recuerdos*. Dicen mis hermanas, Otilia y Amalia, que yo hacía versos desde antes; antes de los once años... Por ejemplo, un poema al sol:

*Las cosas, las gentes
se caen de tus dientes,*

y para lo que se usa ahora, no creo que esté del todo mal.

—¿Y cuáles fueron los autores que lo atrajeron más al principio; las lecturas que despertaron su afición por la literatura? (Como todos los niños, pensé yo, don Alfonso me hablará de cuentos de hadas, fábulas, aventuras; la famosa Biblioteca Rosa con los relatos de la Condesa de Ségur. Pero no, su respuesta es realmente digna de unas futuras memorias de Minou Drouet).

—¡La biblioteca paterna! Mi padre era un gran lector de literatura y conservó siempre una suerte de afición que tal vez yo heredé. Realicé la vocación que él vio sofocada por su vida militar y cívica.

“Leí cosas muy diferentes y sin sistema alguno. Heine; los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós; el *Quijote*, ilustrado por Doré; la *Divina Comedia*. Todos aquellos libros eran más grandes que yo. Para leer el *Quijote* tenía yo que sentarme encima del libro, a fin de alcanzar los primeros renglones de esa edición tan enorme.

“Eramos una familia muy numerosa —sobre todo a la hora de comer— y mi padre siempre invitaba a algún político, a algún amigo. Al toque de campana me escondía y debajo de la mesa, protegido por unos larguísima, generosísimos manteles blancos. Allí leía yo —entre las piernas y los zapatos de la gente grande— mientras todos se preguntaban: “¿Dónde estará este condenado muchacho?” Mi padre era muy estricto, y claro está, me quedaba yo sin comer, pero mi escondite era de lo mejor, y nadie me importunó jamás. ¡Ah, ese Monterrey, y mi casa tan enorme!

—Y ahora ¿qué lee usted, don Alfonso?

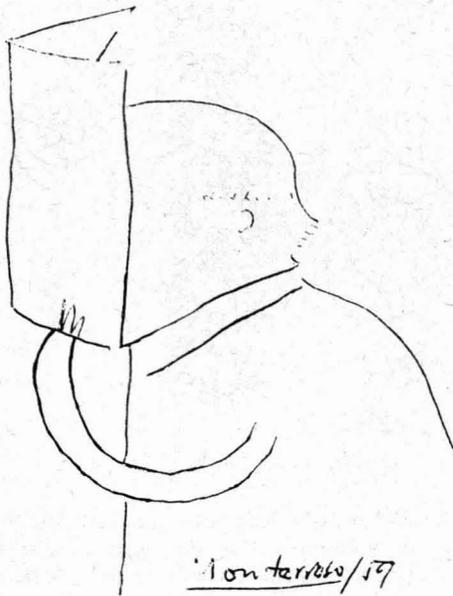
—Ahora ya se echó sobre mí la literatura y no podría hablar de un tipo de lecturas en especial. (Don Alfonso rie para sí.) La polilla universal de la literatura me comió y me desmenuzó...

—Cuando hicimos cita para hoy, hace dos días, me prometió usted contarme muchas cosas terribles y secretas, ¡cosas que no le ha dicho a nadie!

(Los ojos de don Alfonso brillan de malicia.) Están repitiendo lo que en muchas ocasiones ha dicho su boca:

“En la vida no me he privado de nada.”

(Como la mayor parte de los hombres, don Alfonso parece estar mucho más orgulloso de ciertos episodios íntimos que de su prestigio intelectual... Bueno, al



Augusto Monterroso fecit



Jaime García Terrés fecit



Rubén Bonifaz Nuño fecit (apud Delacroix)

menos por el momento, es lo que se diría. Y en Cuernavaca, se recuerda que don Alfonso se la pasaba en otros tiempos conversando con Sarita Montiel... y ella, feliz de la vida).

—Entre los libros que pienso escribir está todavía alguno que otro libro de psicología amorosa (algo de eso hay ya en mis cuentos), con análisis muy sinceros. (Don Alfonso hace tronar su lengua contra su paladar, y vuelve a comentar en voz baja): “Sí, hijita, en la vida no me he privado de nada...”

—¡Ay!

—Tampoco podré evitar escribir algún libro policiaco, género que siempre me ha gustado como problema de geometría y de lógica.

—Dígame, don Alfonso, ¿y aquella *Cartilla moral* que hizo en 1944? No la conocía yo, pero ahora que acabo de leerla, me gustó mucho.

—Por fin han decidido usarla. La van a publicar y a repartir entre todos los indígenas. Esto me causa un gran placer, porque para gente como ellos la hice. Gente sencilla, virgen todavía de cultura. La redacté con un gran cariño, y pienso que alcanzará su destino.

—En ese libro tan complicado que usted escribió (don Alfonso ríe de buena gana), *El deslinde*, que tanto cita José Luis Martínez, dice usted una frase muy bonita: “La vida de la literatura se reduce a un diálogo: el creador propone y el público responde...”

—Pienso siempre en los más vastos públicos, salvo, naturalmente, cuando los asuntos son muy limitados o de carácter técnico... Por ejemplo, mi *Cartilla moral*, de la que hablábamos, está destinada a los públicos menos restringidos.

(La vida de don Alfonso está en sus archiveros. No hay una carta que no esté registrada, una persona que le haya interesado que no tenga su ficha correspondiente; sabe de los libros importantes que se han publicado en todo el mundo; cuántas revistas se han editado en los últimos diez años.)

Le pregunto por algún escritor, uno de sus muchos amigos, y él se pone de pie: “¡Espérame un momento, voy a informarte con toda exactitud, chiquitita!” Explora en varios de sus numerosos cajoncitos y saca dos o tres tarjetas: “Mira, aquí está la última carta que me envió. Me dice que está compilando una Antología de la Literatura Catalana, y que proyecta un viaje a la isla de Guam, isla que pertenece a los Estados Unidos, en Oceanía.”

(A tal punto impresionan los sistemas archivológicos de don Alfonso, que su fiel criada, según averiguó un día Manuelita, guardaba en su cuarto, uno de esos cajones de jabón, y lo tenía lleno de papeles. En la parte de afuera del cajón había escrito un letrero: “*Papeles rotos del escritor Alfonso Reyes*”. Resulta que, al hacer la limpieza, junto al escritorio, la criada recogía con devoción las cuartillas desechadas que encontraba en el cesto, y ella las desarrugaba con todo cuidado y después las ordenaba.)

* * *

—Me sucede con frecuencia que al escribir se me aparecen las caras de ciertos amigos, como si quisiera yo, evocándolos, tener una piedra de toque. Los amigos han ido desapareciendo uno tras otro, al paso de los años; y claro, recuer-

do las caras de los que se fueron... ¿No te aburres, hija?

—¡No! (Es un grito que sale del alma.)

Don Alfonso, entre risas: ¡Qué linda niña! Voy a leerte un pequeño texto que se refiere a los rostros aleccionadores que se me aparecen cuando escribo. Está en el Segundo Ciento de mis *Burlas veras*.

LOS ROSTROS ALECCIONADORES

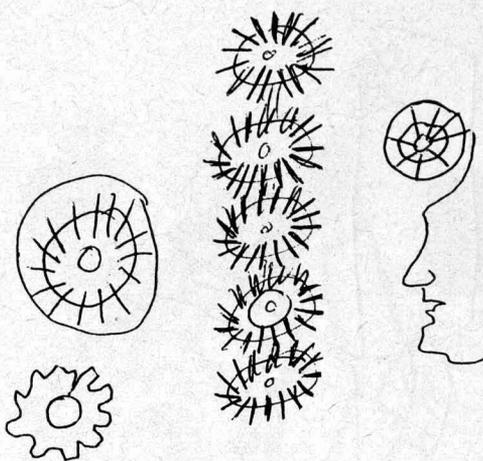
Las conferencias del Port-Royal nacían al fuego de los ojos del público, dice más o menos Sainte-Beuve. Así veo yo, a veces, cuando escribo, la imagen de mis amigos, vivos o muertos. Y, al modo como Marco Aurelio empieza el libro de sus pensamientos, reconociendo lo que debe a éste y al otro en el orden de la virtud, yo puedo decir lo que debo a esas etéreas imágenes, aunque no siempre acierte a aprovechar sus consejos.

Cuando temo haberme documentado imperfectamente y con demasiada ligereza, se me aparece, como un reproche, la cara de don Ramón Menéndez Pidal, mi inolvidable maestro. Cuando no logro expresarme con diafanidad y precisión, creo ver el rostro de Pedro Henríquez Ureña, que me reconviene. Cuando me pongo algo pedante, se me aparece, como en protesta, ese gran maestro de la sencillez que fue Enrique Díez-Canedo. Cuando deseo más sensibilidad y gracia ¿a quién invocar sino a Azorín? Cuando me pongo algo "cursi" aparece Jorge Luis Borges y me lo reprocha en silencio. ¡Cuánto les debo a todos!

Y lo más singular del caso: hace poco he averiguado que, a su vez, dos escritores sudamericanos leen en voz alta las frases o trozos que les parecen mal contruidos, imitando mi voz y el ritmo de mi lectura, como quien se somete a prueba. De modo que habemos varios que nos ayudamos desde lejos. Con razón, a pesar de todo, los siento tan cerca de mí que, en ocasiones, me entra la tentación de hablarles."

—Don Alfonso ¿cuál es su libro consentido?

(Extiende los brazos como invocando el cielo). ¡No podría elegir! ¡Son tantos y tan variados! Lo que sucede, en

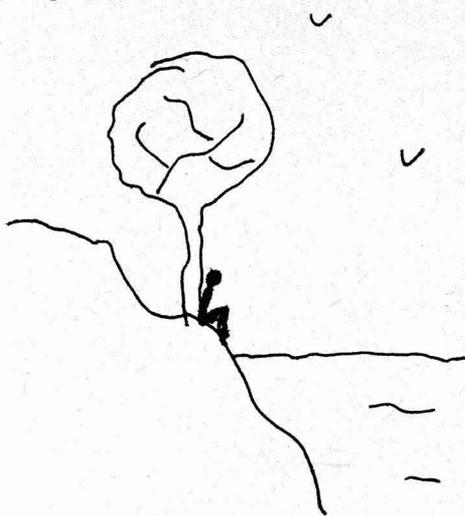


Josefina Vicens. "frases o trozos"

realidad, es que mis preferencias mudan con el momento. Por otra parte, siento inclinación hacia aquellos que, según he advertido, tienen mejor acogida en el público. La *Visión de Anáhuac*, la *Ifigenia cruel*, *El deslinde*...

—Prosa poética, drama poético, y pensamiento sobre la poesía...

(Federico de Onís en una ocasión reveló que toda la obra Alfonsina es en realidad una obra poética. Don Alfonso agrega):



F.G.R.

Francisco Giner de los Ríos. "recuerdo las caras de los que se fueron"

—Como decía mi maestro Goethe, toda poesía es poesía de circunstancias.

* * *

—¿Cuál cree usted que sea el mayor servicio que un escritor pueda hacer a México en la actualidad?

—Que sea nacional (sin sistema nacionalista). Aconsejaría yo una completa sinceridad, y el trabajar muy en serio lo que tenga entre manos, conservando siempre una norma de gran interés por todo lo que sucede en su país.

(Ya lo ha dicho Alfonso Reyes, y se ha vuelto una frase tan repetida como aquella de *Viajero*, *has llegado a la región más transparente del aire*: "Para ser provechosamente nacional, hay que ser generosamente universal.")

—¿Cree usted que la literatura mexicana durante los últimos años ha ido para abajo, o para arriba?

—Algo ha ido para arriba y algo para abajo; por lo general, sin embargo, la literatura mantiene un nivel muy digno. De 1939 para acá, ha habido un desarrollo como nunca, de la filosofía, la historia, el teatro y la novelística...

—Eso es, hableme de las novelas...

—Acontece a menudo —en nuestros días— que un escritor confunda la buena intención con la realización artística. Y no me refiero al lenguaje popular, o a la descripción de los barrios bajos de México —¡por suerte yo no soy purista!—; pero no creo que el tener buena intención lo dispense de escribir bien.

—Y ¿cuáles juzga usted que sean los principales obstáculos que encuentra en México un escritor?

—¡México es como cualquier otro país del mundo! Nosotros tenemos la tendencia a creer *que lo que pasa aquí sólo pasa aquí*. Lo que importa son las calidades. (Don Alfonso se acalora.) Los escritores de México se enfrentan a los mismos obstáculos que los de otros países. ¡Lo más importante para un escritor es la *lucha consigo mismo!* Yo tuve, hace muchísimos años, una época de gran pedantería literaria. Es el "sarampión" por el que pasan casi todos los jóvenes escritores que creen que el mundo les pertenece y que lo van a reformar. *Ahora, ya no me siento un intelectual, sino un hombre...*

(Pienso para mis adentros, que el hecho de leer los libros que le traen tantos escritores desconocidos, tantos manuscritos, y las palabras alentadoras o los consejos que brinda a cada uno; las largas conversiones a la manera del Rilke de las *Cartas a un joven poeta*, el tiempo que don Alfonso dedica incansablemente a los demás, han contribuido a hacer de él, un hombre "humano").

—¿Y lee usted todos los libros que le traen? — Una persona que para mí trae un libro, es una amiga.

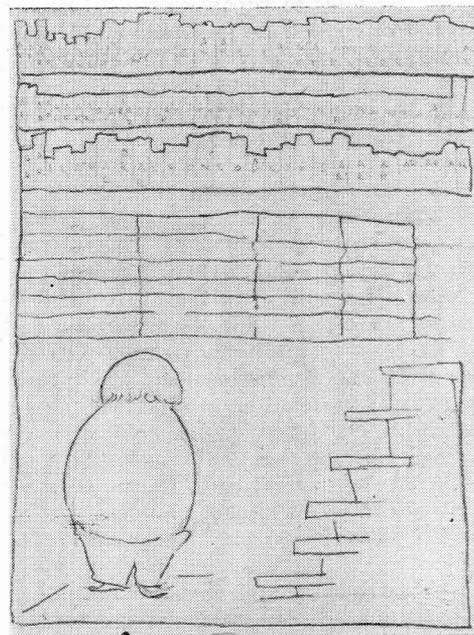
—Pero ¿ha leído los cuarenta mil volúmenes de su biblioteca?

—Leo mucho. No leo de tres en tres renglones, ni tengo una doble vista como decían de Menéndez Pelayo; no me jacto de esto, pero leo con facilidad...

—¿Y todo le interesa?

—Todo, hijita. Me puedo estar horas enteras hablando de Ciencias Exactas con mi primo Manuel Sandoval Vallarta. Claro, tan sólo comprendo una pequeña parte de lo que él me dice, pero mi interés es tan grande, que esa pequeña parte me resulta utilísima...

(Desde hace algunos años, el cuidado de su salud lo obliga a permanecer lar-



Manuela
Henrique González Casanova



Elena Poniatowska fecit

gas temporadas en Cuernavaca. Vive allí en un hotel, donde se le trata amistosamente.

Lo indicado sería que, así como otras personas cuentan con un retiro para sus, para ellas, aburridos fines de semana, don Alfonso pudiera disponer de un taller para sus nada aburridos días, tan llenos de trabajo. Eso sí, tendría que llevarse sus cuarenta mil volúmenes; y ni modo que los fueran cargando él y Manuelita, como esos inditos que uno ve pasar por la carretera cargando pesadísimas ollas de aguamiel. Esto representa mucho dinero, un terreno, una construcción, alrededor de veinte camiones de mudanza que transporten toda esa sabiduría encuadrada, etc. Y don Alfonso Reyes nunca ha sido un buen comerciante. El mismo lo acepta: "¡Yo tengo que jugar todos los días a la lotería, porque es el único negocio que entiendo!" Ciertamente, las letras, salvo en casos aislados y sospechosos, nunca han sido negocio. Hay escritores que se mueren de hambre; otros a quienes sus regalías les alcanzan para una tortillita con chile de vez en cuando; otros más que inclusive llegan a tener un rincón donde vivir, comida diaria y algunas comodidades. ¡Pero que un buen escritor sea millonario, eso sólo sucede en los cuentos de hadas! ¡La casa en Cuernavaca...! Bueno, ¡todos los milagros son posibles! Y no en vano se viste tanto de "sport" don Alfonso, siempre con su saco de *tweed* y su camisa a cuadros. A propósito de ello, cuenta don Alfonso: "Un día me compré un traje de estilo deportivo para salir al campo:

—¿Y usted, qué es, señor? — me preguntó un ranchero.

—Soy literato— dije, procurando no darle mucha importancia al término.

—¡Ah! —se me contestó—. Ese traje debe de ser muy práctico para su trabajo.

* * *

—Según creo, usted ha dicho, en varias ocasiones, que se siente más cerca del pasado que del presente. ¿Podría aclararme la razón, si hay alguna, de esta lejanía del presente?

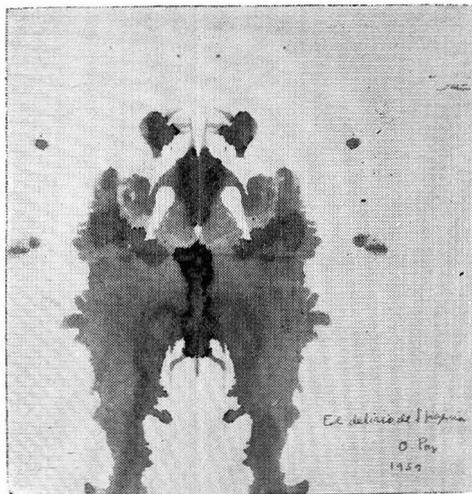


Jaime García Terrés. "me quedé con un teatrillo de tileres"



Max Aub fecit

—¡No hay tal! ¡Es una posible confusión! ¡Esto no lo acepto de modo alguno! Yo estudio el pasado para hacerlo presente. El que un egiptólogo, por ejemplo, escriba cada cinco años, un libro sobre el antiguo Egipto, no significa que se sienta primo hermano de los faraones. El que se ocupe de esos seres remotos, obedece a un propósito de actualizar aquella época en todo lo que tiene de actualizable, y de volverla a interpretar de otro modo. Esto sucede, sólo que en mucho mayor grado, con Grecia. Vivimos aún, a querer o no, de la herencia que nos legaron los griegos clásicos. (La voz de don Alfonso se llena de súbito entusiasmo: "¡Con el pasa-



Octavio Paz fecit (apud Rorscharch)

do no me enoja y con el presente sí; pero lo que más me interesa es el porvenir!")

En la primera página de su *Reloj de sol* dice: "Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro moli-

no." También escribió: "Hay que interesarse por las anécdotas... suelen ser como la flor en la planta, la combinación cálida, armoniosa, que puede cortarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital." Don Alfonso hace honor a estos epígrafes: le encanta relatar sucedidos y memorias.

—La homonimia me ha jugado algunas bromas pesadas. Una vez se me confundió con don Alfonso XII. Ello aconteció por 1920, con motivo de un telegrama que envié de Burdeos a Lyon, a cuyo jefe de estación pedía yo que me reservara un lugar en el coche-cama del tren para Milán. El jefe de estación, que acaso medio entendía el español ("el conocimiento a medias es peligroso"), creyó leer "Alfonso Rey", donde decía "Alfonso Reyes". Cuando llegué a Lyon de madrugada, me encontré formados en fila a los empleados de la estación, y vi con sorpresa que se me había reservado una especie de Tren Olivo para mí solo.

(Don Alfonso ríe). "¡Alguien gritó: ¡Qué va a ser el rey, hombre! ¡Es un muchacho cualquiera!"

—Siga, siga.

—Un par de años más tarde, siendo yo Encargado de Negocios de México en España, recibí, abierta por la Real Secretaría y acompañada de atentas disculpas, una carta que me dirigía desde Florencia el viejo poeta italiano Guido Mazzoni, quien, siguiendo la costumbre de su país, me daba en el sobre el tratamiento de "Egregio Signore". Era entonces secretario de Su Majestad el señor don Emilio María de Torres, y le contesté al instante que podía manifestar de mi parte a su Augusto Soberano, que estaba disculpado, y que sólo le rogaba yo, por si la equivocación se repetía y la letra no era masculina, que me guardara el secreto, ofreciéndole por mi parte hacer lo mismo con las cartas para el monarca que extraviaran rumbo y vinieran a dar a mis manos.

(Don Alfonso pone una cara alegre.) "¡El rey se ahogaba de risa cada vez que me veía!"

—¿Otra anécdota diplomática?

—Algunos años más tarde, encontrándome ya al frente de nuestra Legación en Francia, harto de que Henri de Montherlant, el conocido escritor, se jactara de haber toreado becerros en su juventud por las poblaciones septentrionales de España, le mandé un programa de toros en que aparecía el rejoneador Alfonso Reyes, usurpando yo para mí la gloria del valiente caballero en plaza. Por aquellos días, en efecto, el rejoneador Reyes acertó a presentarse en las arenas de París. Y por cierto que una conocida artista francesa me mandó una expresiva carta, cuyas consecuencias desconoce la historia, a la Legación de México (144 Boulevard Haussman) felicitando a "Monsieur le Ministre et Toréador".

(Al decir: "¡Monsieur le Ministre et Toréador!" don Alfonso levanta uno de sus brazos, y me imagino su mano agitando en el aire, con "orejas y rabo").

—En otra ocasión, un agente de publicidad, que tenía una importante oficina en Madrid y llevaba mi mismo

JG.

C A R A Y C R U Z

nombre —lo que también era causa de confusiones constantes, que ambos sufríamos con paciencia— me convidó campechanamente a que nos viéramos las caras. El estaba acompañado de su hijo Alfonso, y yo del mío, que padece la misma enfermedad onomástica. Pero era de noche, se produjo en el barrio un corto circuito, se apagaron las luces, y los cuatro Alfonsos nos saludamos en la oscuridad, y nos separamos sin llegar a vernos las caras, respetando los misteriosos designios de la Providencia.

—Don Alfonso, como esta entrevista se publicará en homenaje a sus setenta años de vida, convendría hacerle, por lo menos, una pregunta cuya respuesta constituyera una especie de mensaje. ¿Quisiera usted enunciar, por ejemplo, algunos principios que deben, a su juicio, gobernar la acción de los escritores mexicanos?

—Los mismos principios que se aplican a los mexicanos en general. Es cosa muy sencilla de decirse y muy difícil de realizarse. Todo se reduce a que los mexicanos, en todos los órdenes de nuestras actividades, hagamos las cosas bien,



Henrique González Casanova fecit

o siquiera lo mejor que podamos, tanto ética como estética y técnicamente. México valdrá lo que valga la conducta de los mexicanos. México no es un ente abstracto, sino un "hacer" y un "hacerse". Parece mentira que, cuando a todos creen entender algo del llamado "existencialismo", todavía haya candorosos que se figuren que México es una idea desnuda, brotada en la mente de Dios, anterior al "existir" de México, y que luego los mexicanos tenemos que ir satisfaciendo esa idea como quien dibuja los colores de un mapa en contorno. Y todavía parece más increíble que algunos se arroguen las funciones de Dios, y ellos mismos arbitrariamente tracen un plan de nociones absolutas y rigurosas sobre lo que ha de ser México, y luego se entusiasmen o indignen cuando cumplimos o desobedecemos lo que ellos han decretado. México ha sido, es y será el conjunto de lo que hagamos los mexicanos, lo bueno y, por desgracia, también lo malo. Por eso hay que insistir en lo bueno y predicar lo bueno. Además lo que sea bueno y esté bien hecho (para los que prefieren apoyarse en los preceptos divinos) no puede menos de contentar a Dios. ¿Está claro?

(Viene de la p. 2)

—Sí, eso dicen... —Hablaba con un fuerte acento catalán—. En mi pueblo todos los chicos han ido...

—¿Y Ud.?

—También voy —en el retrovisor le vi guiñar un ojo—. He esperado a que mi mujer fuera a la cama...

La barriada dormía silenciosa y torcí por Primo de Rivera hacia el Oñar. Desde el puente, observé que los cafés de la Rambla estaban iluminados. Un camarero iba de un lado a otro con una bandeja y un grupo de gamberros se dirigía hacia la catedral dando gritos.

—Mira... —dije yo.

—Mira...

El Paseo ofrecía un extraordinario espectáculo. Sentadas en las sillas, acodadas en las barras de los bares, tumbadas sobre los bancos y los veladores, había docenas de mujeres silenciosas, que nos contemplaban como a una aparición venida del otro mundo. El campanario de una iglesia daba las dos y muchas se recostaban contra la pared para dormir. Algunas no habían perdido aún la esperanza y nos hacían señales de acercarnos.

—Vente p'aquí, guapo.

—Una cama blandita y no te cobraré ni cinco.

Borés y yo nos abrimos paso hacia las arcadas. Venidos de todos los pueblos de la comarca, los tipos discutían, riendo, con las mujeres y se perdían por las callejuelas laterales, acompañados, a veces, de tres o cuatro. Los hoteles estaban llenos y no había una cama libre. Los afortunados poseedores de una habitación se acostaban, gratis, con las muchachas más caras.

—Llévame contigo, cielo...

—Anda... Ven a dormir un ratito...

A la primera ojeada, descubrimos a Merche. Estaba sentada en un café, fumando, y al vernos, no manifestó ninguna sorpresa.

—*Dominus vobiscum* —se limitó a decir, a guisa de saludo.

—*Ite missa est.*

Con un ademán distraído nos invitó a instalarnos a su lado.

—Perdonarán que el "livinrún" este sucio —se excusó—. Mi doncella está afiliada al sindicato y no trabaja el sábado.

El camarero hizo notar su presencia con un carraspeo. Borés pidió dos ginebras y otro café.

—¿De imaginaria? —preguntó cuando se hubo ido.

—Las clases ociosas solemos dormirnos tarde, repuso Merche.

Su rostro reflejaba una gran fatiga. Como de costumbre no se sabía si hablaba en serio, o bromeaba.

—Hace un par de horas pasamos por el barrio y Ninochka nos contó lo ocurrido.

—Es una iniciativa del Ministerio de Turismo —Merche apuró el café de su taza—. Como éramos incultas nos ha pagado un viaje... Agencia Kuk... Ver mundo...

—¿No has encontrado cama? —pregunté yo.

En lugar de contestarme, se encará con Borés, sonriente.

—¿Y vosotros?... ¿Por qué estáis aquí?... ¿Han echado también a los hijos de buena familia?

—Sólo a los depravados —dijo él.

—Ah... A los depravados, sólo... Temía...

Los ojos se le cerraban de sueño. Borés cambió una mirada conmigo.

—Mi padre tiene un despacho cerca de aquí —explicó— si quieres, podemos dormir los dos juntos.

—Gracias, vida —dijo Merche—. Eres un amor de chico.

En silencio, bebimos las dos ginebras y el café. Una mujer roncaba en la mesa del lado y los gamberros corrían aún, dando gritos.

—¿Y tú?

—Yo beberé otra copa, y me largaré. —Entonces, telefona a casa... di que me he quedado a dormir en tu estudio.

Cogidos del brazo, los miré alejarse hacia el barrio de la catedral. Luego arreglé la nota del bar y caminé en dirección al río. Las mujeres me volvieron a llamar y bebí otras dos ginebras. Aquella noche absorbía el alcohol como nada. Yo solo, hubiera podido vaciar una barrica.

—Congresos así debería haber tó los años —decía un hombre bajito a mi lado— ¿no le parece, compadre?

Le contesté que tenía toda la razón y, si la memoria no me engaña, creo que bebimos un trago juntos.

No se a que hora subí al coche, ni cómo hice los cien kilómetros que me separaban de Barcelona. Cuando llegué, había amanecido y, por las calles adornadas, circulaban los primeros transeúntes.

Sólo recuerdo que una brigada de obreros barría el suelo, preparando la procesión y que, al mirar el balcón de mi cuarto, descubrí un flamante escudo.

—Debe ser cosa de mamá —expliqué al sereno.

Procurando no hacer ruido, me colé hasta el cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha.

EL PRESIDENTE GRONCHI HABLA DE LOS DEBERES DE LA PRENSA

EN RAZÓN de la muy elevada e innegable importancia de la prensa en la vida de un país, es preciso velar con esmero porque las cualidades profesionales y morales de los periodistas sean controladas con parejo rigor. Nadie gana con la decadencia de aquellas. En efecto, interesa primordialmente a una democracia el poder contar con la prensa, a fin de sensibilizar la opinión pública respecto de los problemas mayores, internos e internacionales.

Se habla hoy mucho sobre la independencia de la prensa. Me parece claro que si la conciencia moral de los periodistas, así como la autodisciplina prescrita por sus órganos profesionales, se afirman más y más, la prensa escapará en la misma medida a la influencia de ciertos intereses particulares. La misión del periodista no será, sino rara vez, reducida a un simple oficio que obligue a quien la ejerza a plegarse a los deseos de aquellos que abren y cierran la bolsa. Una tradición de dignidad moral y profesional no hará sino sostener una actitud de mayor firmeza en los casos en que tales influencias pudieren crear problemas de conciencia individual y de responsabilidad cívica.